

La Juventud Literaria.

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

Año VII.

Murcia 5 de Mayo de 1895.

Núm. 263.

Suscripción: En Murcia, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pesetas trimestre.—Anuncio y periódico 1 peseta al mes.

Director: Ramón Blanco Rojo.

Imprenta y oficinas: Mariano Padilla, 49.

La correspondencia al director. No se devuelven los originales. Número suelto 10 céntimos.

La Juventud Literaria.

PALIQUE.

El miércoles, mis lectores,
dió comienzo el mes de Mayo;
mes poético, florido
y el más hermoso del año;
mes que tiene el privilegio
de ser traído y llevado
por poetas de verdad
y por humildes poetastros,
que sin cesar le dedican
de su inspiración el parto.
Yo te saludo buen mes
y ruégole al cielo santo
que te veamos terminar
sin congojas ni quebrantos.

Basta de versos; mi imaginación no está hoy por la poesía.

Esto no tiene nada de particular, porque si á decir verdad fuese, les diría que no tengo ganas de escribir ni prosa ni verso.

Más hay que hacer el Palique y lo que es yo lo hago, vaya que lo hago.

Lo primero que hago es, decir al Sr. Gordito, director del «Murcia Taurina», que ni soy diestro, ni Nene, y que la broma que conmigo gastó en su último número, no tiene pizca de gracia. Por lo tanto, suplico al Sr. Gordito, que desde hoy en adelante no se ocupe de mí, ni para bueno ni para malo: Y aquí paz y despues gloria.

Galantemente invitado por los Sres. Amat é hijo, asistí el domingo último al banquete que ofrecía á la prensa, con motivo de la inauguración de su lujoso comedor, en el piso principal de su ya acreditado restaurant.

El espléndido menú se componía de los siguientes platos:

Sopa.—Consumé Imperial.
Entradas.—Pastelillos á la Reina y Mero al Graten.

Relevés.—Solomillo á la Regencia.
Legumbres.—Guisantes á la francesa.
Entrada fría.—Jamón huevos hilados.

Asado.—Pollo de Bayona.
Vinos.—Jerez, Rioja tinto, Rioja blanco, Heredia, Macón, Medeira y Champagne.

Dulces.—Budín de Babineta.
Fruta.—Fresa.
Helados.—Plonvieux Glassé.
Café, licores y habanos.

Los comensales fueron los Sres. D. Hermegegildo Lumeras, por «La Paz»; D. José Frutos Baeza, por «El Diario»; D. Felipe Blanco de Ibañez, por «El Noticiero»; don Antonio Pérez Rodríguez, por «El Pueblo»; D. Joaquín Arques, por «La Tarde»; D. Manuel Acedo, por «Murcia Taurina» y D. Ramón Blanco, por LA JUVENTUD LITERARIA.

Doy mi enhorabuena á los Sres. de Amat por la importante mejora que han introducido en su restaurant y las gracias más expresivas por la distinción que tiene á la prensa local.

Para esta tarde, si el tiempo no lo impide, se verificará en nuestro gran circo taurino la primera novillada de la actual empresa.

Las noticias que tengo del ganado son satisfactorias.

Ahora solo falta que las cuadrillas cumplan como buenas.

Eramos pocos, etc.
Hoy verán la luz pública dos periódicos semanales: «El Taurino» y «Murcia Ciclista».

El último de estos semanarios lo dirigirá mi querido amigo y licenciado en Filosofía y Letras, D. Antonio Pérez Pimentel.

Este periódico llamará la atención del público.

Sus repartidores irán en bicicleta.

La anterior noticia me ha despertado la vena poética y me voy á cantar por too lo alto:

Cuando paso por tu calle
y en el balcón te contemplo,
me dan ganas de decirte
lo mucho que yo te quiero.

Ne sé que tendrán tus ojos
para que con su mirar,
chiquilla, me vuelvan loco.

Yo te adoro con locura
y en cambio tú... me aborreces...
¡Quién sabe si con el tiempo
cambiaremos de papeles!

Ne me digas nenica
que no te quiero,
sabiendo que yo vivo
con tu recuerdo.
No seas ingrata...
porque á eso yo le llamo:
Meter la pata.

Ramón Blanco



EN BROMA

Un gato engafarrado en la nariz,
Un hueso en la garganta, de través,
Un sembrado de callos en los piés
Y una sarna perruna por barniz;
Un dolor en las muelas de raiz,
Un divieso y sin fin otros despues,
Fieras basicas de un mes y de otro mes,
Un dogal con carlanca en la cerviz:
Un baño en cueros vivos de alquitrán,
Sinapizmazo en parte no común,
Sentirse en el ombligo un alacrán,
Estar de un cocodrilo en mancomún,
Y vivir cual murió San Sebastián,
Eso es el matrimonio y más aún.

Julio Monreal.

Eminencias contemporáneas



DON EMILIO ZOLA.

Histórico

Hora, las diez: tiempo rudo;
en la esquina luz incierta,
y en el quicio de una puerta
un hombre casi desnudo.

En blancos copos la nieve
del cielo se desgajaba:
hacia el pobre se acercaba
un hombre, con paso breve.

Tendió el mendigo su mano,
una limosna pidió
y el otro le contestó:
¡que Dios lo remedie hermano!

Siguió su marcha tranquila;
dobló el mendigo la frente
¡y una lágrima candente
resbaló por su pupila!

Y con acento que aterra
murmuró de pena loco
¡A Dios le importa muy poco
de cuanto pasa en la tierra!

J. Adán Berned.

EL FUSILADO

El sol descendía en el horizonte, y á la luz de sus rayos aún podía reconocerse la faz de cinco hombres, que yacían en tierra, acribillados á balazos, en cumplimiento de la justicia humana. El delito que pidió tal castigo, no fué otro que un grito de libertad dado en tiempo de tiranía, y como todo lo extemporáneo es raquítico y graves sus consecuencias, el grito resultó muy débil, y en cambio, muy fuerte la pena.

La media noche sería, cuando de miserable casucho, colocado en oscura y ensortijada calle, salió una mujer, de aspecto simpático, y aún me atrevería á llamarla hermosa, sinó temiera la risa del espeso velo que ocultaba su rostro.

¿A donde se dirigía? No lo sabemos, pero sus acelerados pasos demostraban claramente que el asunto que la movía á salir en aquellas horas, era urgente; no daba espera.

La descarga que segó en flor la vida de nuestros exánimes personajes, repercutía en mis oídos de una manera tenaz. Yo no pude permanecer indiferente. Entre los sacrificados, había uno á quien me unían vínculos entrañables de amistad. Necesitaba saber si mi amigo había sucumbido ó nó á la metralla: volé, pues, al sagrado recinto á que le trasladaron, en busca de la noticia que me devoraba.

En la mansión de muerte que la higiene inventó, me esperaba el sepulturero, fiel al dios Oro.

—¡Vuestro protegido está sano y salvo!
Entre, y lo verá—apresuróse á decir.
Así lo hice; recorrí largo sendero guarnecido á derecha é izquierda de lápidas, columnas y cruces, y por fin abracé al amigo, que ya consideraba perdido para siempre.

—Aún el recuerdo del pasado día me persigue cruel—hablé—parecíame increíble el escapar con vida; pero la esperanza, de cuando en cuando, se ensañaba del ánimo, y otra vez pensaba en el mundo del que trataban de arrojarme: pasado algún tiempo, y cuando los soldados se disponían á cumplir la sentencia fulminada contra mí, puse en juego la estratagema de hacerme el muerto y con tan buen resultado, que fui tenido como tal, y conducido á este fúnebre recinto.

—¡Bien, Luis! Todo se ha realizado como lo habíamos concebido en la capilla. Ahora, arrematar la obra.

—¿Adonde iremos?
—No lo sé. Espérame aquí; voy á la ciudad á buscar un coche, y luego... Dios nos inspirará.

—Conforme.
—¡Hasta muy pronto!

Dicho esto, salió del cementerio, en cuya puerta quedaban el enterrador y una dama, vestida de negro, discutiendo acaloradamente, pero al poco rato, picado por la curiosidad, volvió la cabeza atrás, y vi que el sepulturero y la dama entraban en el interior, amistosamente.